

La Masonería española y el primer centenario de la Revolución Francesa

JOSÉ A. FERRER BENIMELI
Universidad de Zaragoza

Si prescindimos de breves períodos de expansión masónica, cortos en el tiempo y en su influjo, especialmente los correspondientes a la llamada Masonería Bonapartista (1808-1813) y al Trienio Liberal (1820-1823) se puede decir que la masonería se introduce de una manera definitiva, legal y organizada a partir de la revolución de septiembre de 1868. El hecho de que sea precisamente una revolución tan burguesa como la francesa de 1789 la que sea el punto de partida del desarrollo de una asociación hasta entonces perseguida y castigada, lógicamente marcará a los masones españoles. Como más tarde lo hará la implantación de la primera República con lo que la connotación republicana se unirá a la revolucionaria en amplios sectores de la masonería española contemporánea, afectando sobre todo a su ideario político-social y a sus manifestaciones tanto internas como fuera de la logia.

Sin embargo, aunque nunca perderán de vista esta orientación revolucionaria inicial, debido a la proliferación y enfrentamiento de las múltiples masonerías que en poco tiempo se constituirán en España, la preocupación e ideario revolucionarios irán quedando relegados a un segundo plano. E incluso en algún caso se manifestarán de manera un tanto reaccionaria, como hace el *Boletín Oficial del Grande Oriente de España*, de 1.º de agosto de 1871 donde se critica duramente la participación de los masones en los sucesos de la Comuna de París:

Leemos en los diarios extranjeros que la Francmasonería francesa, no contenta con las censuras que públicamente se han impreso a aquellos de sus Hermanos que olvidados de su alta misión se han mezclado en los dolorosos sucesos de París, durante el mando de la Commune piensa hoy pedirles estrecha cuenta de su conducta.

Aprobamos la determinación de la Francmasonería francesa y deseamos que se haga la más severa justicia, para que nunca, ni por nadie se desvíe a nuestra augusta Orden de los altos fines que está llamada a cumplir.

Las luchas políticas que tan tristemente han desgarrado a un pueblo a quien por muchas razones amamos, no deben, en manera alguna ocupar el tiempo del obrero masón que teniendo mucho, necesita todavía más para aplicarlo al servicio de la humanidad, único objeto de sus cuidados y único móvil de sus acciones.

Nosotros creemos que examinados los hechos con estricta imparcialidad perderán, felizmente, la mayor parte de la gravedad que se les ha atribuido.

El año 1889 es importante para la masonería española porque es el del nacimiento de dos grandes obediencias masónicas: el Grande Oriente Español, y la Gran Logia Simbólica Española del rito de Memphis y Mizraim, con lo que se amplió notablemente el abanico de posibilidades masónicas. Pues estas dos nuevas obediencias se unieron a las ya existentes, de las que habría que destacar el Grande Oriente Lusitano Unido, el Grande Oriente Nacional de España, el Grande Oriente Nacional de Ros, el Grande Oriente de España, el Grande Oriente Regular de Pérez, la Confederación Masónica del Congreso de Sevilla, futura Gran Logia Independiente Española, la Gran Logia Simbólica Regional Catalano Balear, futura Gran Logia Española, etc.

Pero el año 1889 en cuanto primer centenario de la Revolución Francesa no pasó desapercibido a los masones españoles, si bien es cierto que tampoco destacaron por manifestaciones especialmente solemnes. Se encuentran referencias y alusiones a la revolución aunque en la mayor parte de los casos son indirectas. Así en el n.º 1 del *Boletín Oficial del Grande Oriente Español*, fechado el 1.º de julio de 1889 (pág. 7), y que se publica bajo el lema de Libertad, Igualdad, Fraternidad, en el saludo a la prensa en general y a los periódicos de la Orden en particular, así como a los «queridos Hermanos de España y Ultramar», hay una alusión directa a Francia y su revolución:

La Francmasonería ha dado educación política a Francia; ella es la que preparó y realizó la gran Revolución de que vamos bien pronto a celebrar el primer Centenario; no debe, por tanto, permitir que ningún progreso profano la deje atrás.

Y fieles a esta admiración, el Grande Oriente Español se proponía el modelo masónico francés intentando resolver las cuestiones urgentes que agitaban al mundo profano como lo estaban resolviendo ya en Francia. Y en este sentido se lee en el *Boletín*:

Las logias de Francia se ocupan hoy de la Magistratura, de la separación de las Iglesias y del Estado, de la revisión constitucional,

del trabajo, del capital, del desarrollo de la industria, y aun de las cuestiones palpitantes a la orden del día».

En el n.º 4 del mismo *Boletín* (15 agosto 1889, págs. 6-7) hay una larga reseña del Congreso Masónico Internacional de París, celebrado en julio de ese año, en el que se destacan las alusiones a las revoluciones de 1789 y 1830 por parte de dos de los oradores de dicho congreso: el H.º Amiable, alcalde de un distrito de París y el del H.º Colfavrú, ex-Gran Presidente del Consejo de la Orden (Gran Maestro) y Diputado a Cortes por Pontoise. Amiable relató la vida masónica hasta 1800, siguiendo en su discurso la marcha del historiador masónico Jerónimo Lalande —célebre matemático y astrónomo— dando a conocer importantes documentos masónicos guardados en los archivos y bibliotecas del Grande Oriente de Francia:

Como dato curioso prueba la existencia en actividad de trabajos en 1789, de 629 Talleres franceses, de los que 63 funcionaban en París, 442 en provincias, 38 en las colonias, 69 militares (ambulantes) y 17 en país extranjero...

El h.º Amiable continúa recordando los trabajos de la Masonería en las elecciones de los Estados Generales, y cita a los masones elegidos, entre los que aparecen La Fayette, Mirabeau, Sieyès, etc.

La toma de la Bastilla fue celebrada por la Masonería como un triunfo debido a sus propios esfuerzos; a este propósito, el h.º Amiable citó el principio de un discurso de la época, que dice: «El triunfo de la libertad y del patriotismo es el triunfo más completo del verdadero masón. De nuestros Templos han salido los primeros resplandores del fuego sagrado, que extendiéndose rápidamente de Oriente a Occidente, del Septentrión al Mediodía de la Francia, ha encendido el corazón de todos los ciudadanos».

Relata después la parte importantísima tomada por la Masonería francesa en la proclamación de los *Derechos del hombre*, y termina entre ruidosos aplausos con este párrafo: «Los francmasones del siglo XVIII hicieron la Revolución. Ellos la marcaron con el sello de humanidad. Ellos elaboraron antes sus doctrinas. Y cuando la Nación por su parte eliminó el poder personal, cogió de ellos tres palabras, de las que hizo su divisa republicana y por las que yo os saludo, hermanos míos, masónica y civilmente: Libertad, Igualdad, Fraternidad».

Por su parte el ex-Gran Maestro Colfavrú refirió que la masonería bajo el mando de Napoleón I llegó a contar 905 Talleres, y a continuación citó a los masones que tomaron parte en los preparativos de la revolución de 1830, con estas palabras:

En este *foyer* de resistencia se hizo la gran propaganda liberal, preparando los hombres, los patriotas que realizaron más tarde la Revolución de 1830. Y cuando, pasado el triunfo de la libertad, París

acogió los muertos y heridos en estas jornadas gloriosas, la Masonería encontró entre las heroicas víctimas de la conciencia y del deber un gran número de los suyos.

Dejando de lado el análisis de algunos tópicos esgrimidos por Amiable, como el del protagonismo masónico de la Revolución, o el del lema Libertad, Igualdad, Fraternidad, —que como bien ha demostrado Robert Amadou— en el siglo de las luces no fue ni masónico, ni revolucionario, apenas unas semanas más tarde, en el n.º 7 del mismo Boletín Oficial del G. O. E. (1.º octubre 1889, págs. 2-3) el tema de la revolución vuelve a preocupar y manifestarse de forma tan entusiasta como retórica por alguien que firma sólo con sus iniciales F. S. y su nombre simbólico *Robespierre* y que responde al estilo e ideología del artículo que lleva el título de «El 29 de septiembre», y en el que se establece un interesante paralelismo entre la revolución española de septiembre de 1868 con la francesa de 1789, y que, como corresponde a todo *Robespierre* que se precie de tal, es un canto a la revolución y al impacto que la francesa de 1789 provocó en España, especialmente por los aires de libertad que «habían abatido al despotismo y la tiranía, hermanos inseparables de la ignorancia, la superstición y el fanatismo». España —añadirá— «viendo el resplandor que aquel foco inmenso de luz despedía al otro lado de los Pirineos, no pensaba en otra cosa, un día y otro día, que emular al pueblo de quien un día fue rival y traer a su seno toda la felicidad que en aquella gran revolución veía...». Y esa idea que brotó de la mente del pueblo español a los primeros chispazos de la revolución de 1789 fue concentrándose y creciendo hasta abocar en la revolución española de septiembre de 1868 que fue:

no el rayo que hirió de muerte la institución monárquica, ni la que trajo un eclipse en la historia de una dinastía, para nosotros respetable, como lo son siempre los poderes constituidos, sino el incendio que acabó de una vez y para siempre con el despotismo y la tiranía en las altas regiones gubernamentales. La revolución de septiembre implantó la igualdad por medio de sus leyes, ante las cuales son iguales todos los españoles; trajo la libertad de la prensa, de la tribuna, de la cátedra, del libro, y proclamó la fraternidad al proclamar la libertad de conciencia, y nosotros debemos aplaudir estos grandes principios entonces aclamados, y por eso en la revolución no hemos de ver más que el hecho gloriosísimo que trajo consigo a esta Nación española el reinado de la igualdad de la libertad y de la fraternidad, y por eso el día 29 de septiembre debe ser para nosotros, los más amantes del progreso humano, día fausto, día *de gala* cuya fecha debe escribirse con hermosas letras de oro en el grande libro de la historia patria, y con caracteres indelebles en la conciencia de todos los españoles y en el corazón de todos los masones y de los afiliados a esta augusta Institución, que en día tan memorable juran solemnemente trabajar con afán y sin descanso para que aquellos principios entonces proclamados se consagren en el libro sagrado de nuestras leyes patrias.

Si del Grande Oriente Español pasamos a la también recién creada en 1889 Gran Logia Simbólica Española del rito de Memphis y Mizraim, podemos leer en el número extraordinario del 30 de noviembre de 1889, en realidad el n.º 2 de su boletín de *Procedimientos del Soberano Gran Consejo General Ibérico* un curioso trabajo titulado «Libertad, Igualdad, Fraternidad». Está dedicado a los republicanos de Brasil que acababan de sustituir el imperio por la República. Dicho artículo empezaba con estas reflexiones:

Al antiguo mote y divisa *Dios, Patria, Rey* ha reemplazado este lema nuevo el cual cifra y resume las aspiraciones de las modernas sociedades: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*.

Aplicación a la política, de la doctrina del Nazareno, fue proclamado, como fin supremo de gobierno, en los relampagueos de la tempestuosa Revolución francesa,

revolución que había quedado simbolizada en tres palabras: Libertad, Igualdad y Fraternidad. Respecto a la primera dirá que así como la verdadera libertad moral consiste en querer lo bueno, la libertad política consiste en dejarlo hacer. Respecto a la igualdad, principio democrático y regenerador por excelencia «trae consigo la redención del esclavo, poco tiempo hace realizada por los brasileños; la abolición de la servidumbre en que se halla un sexo respecto de otro, y el equilibrio entre los débiles y los fuertes que se establece por una justicia que con igual severidad corrige a estos que a aquellos».

Finalmente dirá el anónimo articulista:

Contiene y funda la fraternidad, sentimiento cristiano por excelencia y virtud masónica por antonomasia, a la igualdad y libertad, las cuales de ella se derivan. Ha venido a dar carácter de concordia y de paz a las cuestiones internacionales, y conseguirá que en un tiempo, cuya lejanía no podemos hoy apreciar, se resuelvan todos los litigios entre los pueblos por un supremo arbitraje, y nunca por la suerte fortuita de las armas. Ella tiende a reunir todos los hombres en una sola e inmensa familia, cuyo vínculo sea la caridad.

Curiosamente también en 1889 nació una tercera revista masónica, *La Razón*, cuya sede estaba en este caso no en Madrid, como en las dos anteriores, sino en Castellón. En su n.º 13, del 14 de julio de 1889 (pág. 7), y en un artículo que lleva por título «A la Gloria del Gran Arquitecto del Universo» se dice que la Masonería, sin otros fines que

la consecución de la verdad, el triunfo de la justicia y la extinción de todos los retrocesos, ha trabajado sin descanso, adelantando cada vez más por los hermosos caminos de la razón, de la libertad, de la igualdad, del perfeccionamiento.

Y a modo de prueba trae una serie de ejemplos:

A sus esfuerzos y propaganda deben los pueblos todas las mejoras de que disfrutamos hoy: la propagación de la enseñanza, la protección y el desarrollo de las ciencias, la dignificación de las clases pobres, tratadas como siervas o esclavas antes de la gran revolución del 89.

Masones fueron los que en Francia trabajaron por la conclusión de aquella monarquía despótica y corrompida que sostenía tantos absurdos, vicios y privilegios.

Masones los que devolvieron a Italia su autonomía y empezaron la grandiosa obra de su regeneración.

Masones los que con sus escritos, discursos y propagandas lograron terminar en los países cultos, en este siglo, con la infamante trata de negros.

Masones fueron en nuestra patria los que contribuyeron al aniquilamiento del absurdo poder despótico de un monarca indigno y desagradecido, los que destruyeron las preocupaciones, los que abolieron la inquisición, y defendieron, con los derechos populares, la santa libertad de conciencia.

Masones los que han influido para fenecer con la servidumbre en Rusia, con el vasallaje en Alemania y en Austria, con las estúpidas leyes del señorío en Hungría, con la esclavitud en los Estados Unidos, en Cuba y Puerto Rico, en el Brasil...

Y dicho artículo concluía con unas reflexiones que incluso hoy día extrañarán tal vez a más de un masón y a no pocos profanos:

La Masonería, ha conseguido felizmente, relacionar, comunicar, unir, fortalecer en un solo, amplio y general pensamiento a hombres distintos en creencias, nacimiento, lenguaje y posiciones, todos, sin embargo, unánimes en la creencia de Dios, todos animados por impulsos generosos de bien, tolerantes con todas las opiniones, respetuosos con todas las creencias, benévolos, amantes de todo lo que sea progresar, beneficiar, redimir.

La Masonería ha llegado de este modo por el feliz perfeccionamiento de sus múltiples actividades, a interpretar más fielmente que ninguna otra institución o sociedad humana los ideales sublimes, divinos de Jesús, no trabajando por los intereses mezquinos, peculiares de colectividades determinadas, ni hallándose esclavizada por misantropías que no reportan bien ninguno social, sino inspirándose en aquellos preceptos admirables que constituyeron el sublime triángulo de Jesús, quien dió su vida por el progreso y regeneración de la humanidad, y que constituyen también el triángulo masónico de todo el universo mundo:

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD

Otra nueva revista masónica se empieza a publicar en 1889, esta vez en la ciudad de Valencia, *La Antorcha Valentina*, y en su número 11 (1.º de noviembre de 1889, págs. 2-3) recoge la noticia del Congreso de los Libres Pensadores celebrando en París, y en concreto de su recepción en el Hôtel de Ville, el 17 de septiembre. Con este motivo el Presidente del Ayuntamiento de París, Mr. Chautemps, en su discurso, aludió directamente a la Revolución:

Señores, vuestro congreso tenía su sitio particularmente marcado entre los que ha motivado el Centenario de la revolución. Porque ¿quién trabaja más que vosotros, para continuar el movimiento emancipador que iniciaran nuestros padres en 1789?

Es necesario convencerse de que la Revolución sólo ha sido comenzada y los que quieren completarla deben luchar en todos los países contra el mismo adversario, siempre y en todas partes implacable; el espíritu de superstición está siempre en todos los países del mundo, al servicio de los partidos reaccionarios.

Con vuestras generosas luchas no servís solamente vuestras respectivas patrias, al trabajar en la liberación de las conciencias, apresuráis también la inteligencia y la fraternidad entre todos los miembros de la humana familia.

A su vez el doctor Voelker, delegado de los libres pensadores alemanes, contestó diciendo:

Sois, señores, el pueblo de la Revolución que ha lanzado al mundo las grandes ideas de progreso y justicia. Empero no basta establecer principios; es preciso realizarlos en los hechos. A este fin trabajan los libres pensadores de todas las naciones, y el lazo que desde hoy les une, unirá también en un día cercano, todos los hijos de la gran familia humana.

Finalmente Mr. Schacre, en nombre de los delegados franceses, aludió a París, ciudadela de la Revolución. Ninguna ciudad del mundo —diría—,

ha padecido tanto por la libertad de conciencia, por las franquicias municipales, por todas las libertades que son la base de la soberanía del pueblo y la esencia misma de la República.

Tras las luchas sangrientas, tras las sublimes revoluciones, París vencedor continúa en la paz su misión libertadora.

A la energía de la democracia parisiense, a la firmeza de sus representantes debemos los progresos realizados desde 1870 en el dominio de la libertad de conciencia. A la iniciativa de París pertenece el honor de la ley sobre la instrucción laica gratuita y obligatoria, esa gran palanca de la regeneración social y de la liberación de los trabajadores, objeto supremo de nuestra propaganda y de nuestros comunes esfuerzos.

El hecho de que una revista masónica reproduzca los textos anteriores es señal de esa plena identificación que en la práctica existía en España entre amplios sectores de la Masonería y del Librepensamiento, tanto más que a dicho Congreso de París habían sido invitadas, además de todas las sociedades de Librepensadores afiliadas o no a la Federación Internacional y de una forma especial, «las logias masónicas», al igual que los Círculos y Academias de estudios sociales, filosóficos y científicos, las sociedades de propaganda democrática y anticlerical, y en general todos los partidarios de la Libertad de conciencia.

También la revista *La Concordia*, eco imparcial de la masonería barcelonesa, fundada en 1888, aludiría un año más tarde, en su n.º 8 (marzo 1889, pág. 64) a Francia y su Revolución con estas sintomáticas palabras que recogen ya esa idea que poco a poco había ido calando entre los masones de todo el mundo y que aludía a su protagonismo en la Revolución de 1789:

¡Loor a Francia que emancipada de sus tiranos, supo dar libertad al mundo! ¡Loor a nuestra Augusta Orden que parte tan activa tomó en aquel día, el más glorioso de la historia contemporánea.

Un par de meses más tarde, la misma revista en su número del 11 de junio de 1889 (págs. 85-87) volvía a ocuparse de la revolución francesa reproduciendo el discurso pronunciado en la logia femenina *Integridad n.º 1* de Barcelona, discurso que no es otra cosa que una glosa y alabanza del proceso revolucionario francés.

Una de las obediencias más antiguas nacida al socaire de la revolución de 1868, el Grande Oriente Nacional de España, en su Gaceta Oficial y n.º 20, del 9 de mayo de 1889, tiene también un emotivo recuerdo de la revolución Francesa con ocasión de la fiesta celebrada para conmemorar el primer aniversario de la logia *5 de abril del 88*, fiesta a la que asistió entre otros, la Venerable Maestra de la logia *Hijas de los Pobres*, «único taller exclusivamente femenino» en aquel entonces en Madrid. Primero se aludió en boca del Soberano Gran Comendador, Vizconde de Ros, a que el GONE había surgido «en un grandioso movimiento revolucionario, que no tiene archivo ni tradiciones, que nació y progresa por la fuerza de la verdad y la voluntad».

El siguiente orador recordó que el aniversario que estaban celebrando coincidía con los cien años de aquel gran suceso, la reunión de los Estados Generales.

Prólogo de la gloriosa Revolución francesa, esa epopeya de la humanidad que sentó las bases de la regeneración social y tuvo caracteres como el de Bailly, que al subir al cadalso a los 92 años, sereno y sencillo, pero tiritando con una temperatura de 22.º bajo cero, al preguntarle: «¿Tiemblas, Bailly?» respondió: «Sí, tiemblo de frío» Los grandes caracteres, son la característica de aquella época,

en la que se realizó la gran Revolución: factores principales de ella Danton y Robespierre, uno valiente, noble, digno y franco, otro cobarde, bajo, rastrero e hipócrita, dieron la fórmula del verdadero republicano y del aspirante a la dictadura, y por eso a la caída del uno y elevación del otro, se hundió la obra de la Revolución y surgió el 18 Brumario; y es que sólo la idea permanece, y por eso la vanidad imperialista que comenzó con el genio de Napoleón, vino a acabar en los campos de Zululand, no quedando de ella otro resto que las lágrimas de una viuda a la memoria de su hijo; en tanto que el nieto del Gran Carnot, el *organizador de la victoria*, va a celebrar el centenario de aquel suceso inmortal con la apertura del gran certamen de la paz. Nada más justo, pues, que nosotros, masones, nosotros que perseguimos la regeneración de la sociedad por la revolución de las ideas, y que nos reunimos a conmemorar un suceso también revolucionario, también glorioso, también trascendental, dediquemos un recuerdo a esos masones de ayer y signifiquemos a los de hoy ese recuerdo con un expresivo telegrama.

Pero fue en Cataluña donde el 14 de julio de 1789 fue no sólo recordado en la prensa masónica sino también celebrado públicamente con un acto «de honra y exaltación del centenario de la toma de la Bastilla por el pueblo de París». Acto en el que la masonería de Barcelona intervino de una forma directa a través de sus logias *Hijos del Trabajo*, *Emancipación*, *Puritanos*, *Revolución*, *Integridad* y *Amigos del Deber*, si bien es cierto que también colaboraron una serie de periódicos, sociedades obreras, grupos anarquistas y asociaciones políticas, como en su día recogió el prof. Pere Sánchez Ferré.

El tal acto consistió en un gran meeting celebrado, lógicamente el 14 de julio, en el Teatro Novedades de Barcelona ante un numeroso público que con entusiasmo fue siguiendo a los sucesivos oradores entre los que se encontraban los representantes de dos logias: E. Granja por la *Amigos del Deber*, y Celso Mir Deas por la *Revolución*, si bien es cierto que los demás oradores que lo hicieron en representación de periódicos, grupos políticos o círculos obreros, también eran en su totalidad masones, al igual que casi todos los componentes de la comisión organizadora.

El acto concluyó con unas palabras del presidente, Lluñas y Pujals, quien defendió «la destrucción de todas las Bastillas modernas, la emancipación de la mujer, y el significado de las palabras libertad, igualdad, fraternidad». En la declaración final, hecha en nombre del pueblo liberal avanzado de Barcelona reunido en solemne meeting para conmemorar el primer centenario de la toma de la Bastilla por el Pueblo de París, el presidente del acto, afirmó que «la Revolución Francesa había acabado por dar paso a la Revolución universal, cuya revolución no acabaría mientras en el mundo civilizado no se estableciera la más completa libertad, igualdad y fraternidad tanto religiosas como económicas».

Pero si el recuerdo de la revolución de 1789 no pasó desapercibido

en la fecha centenaria, ya unos años antes, en 1882, la revista masónica *El Taller*, órgano de la Confederación del Congreso de Sevilla y de la Gran Logia Simbólica Independiente Española, reproducía en su n.º 60, del 30 de junio de 1882 (págs. 4-7), un largo artículo titulado *El 14 de julio de 1789* que no es otra cosa que la traducción del capítulo correspondiente de la *Historia de la Revolución Francesa*, de J. Michelet. La intención manifestada por el traductor era la de «conmemorar las heroicidades de un pueblo hermano en una revista masónica». Y dado que la índole de la publicación le vedaba exponer ciertas reflexiones personales, consignaba, sin embargo, sus votos «porque muy en breve veamos realizadas las aspiraciones que, respecto a nuestra patria, nos son comunes».

Unos años más tarde, el *Boletín Oficial del Grande Oriente Español* (n.º 119, del 21 de marzo de 1902) publicaba un interesante trabajo titulado «La Masonería ante la Revolución» en el que se dice que la Masonería no cumpliría su augusta misión de paz y fraternidad universales si se cruzara de brazos; por eso aboga por una participación activa ante los graves problemas que afectaban a la sociedad española y que sintetiza en tres agentes determinantes, tres llagas o cánceres que define patológicamente como «ansia de revolución» y eran: la cuestión política, la cuestión religiosa y la cuestión social. En las tres el hilo conductor será la fraternidad, pues sin fraternidad no era posible desterrar el odio y la envidia con las que no era posible el orden, ni cabía la tolerancia. Frente al imperio de las teocracias, de la política, de la religión y del capital, pedirá la tolerancia política, la tolerancia religiosa y hasta la literaria, para evitar el choque revolucionario.

A la Masonería, —dirá— «le compete evitar aquel, o cuando menos disimular su intensidad, lanzándose abiertamente a la propaganda más activa para inculcar en el ánimo del mayor número sus hermosas doctrinas de paz, de libertad, de igualdad y de fraternidad».

Pero si el trabajo anterior es un alegato contra la revolución, o mejor dicho un programa de acción para que la Masonería evite futuras revoluciones, unos años más tarde encontramos en el mismo *Boletín* del G. O. E. un discurso dedicado a la Fiesta de la Paz (n.º 183, del 26 de julio de 1907) en el que el ataque es contra el militarismo, y se hace precisamente en nombre de la libertad:

El ejército reorganizado para la Revolución Francesa, llevaba el espíritu de la libertad envuelto en los pliegues de su nueva bandera. Cuando los lobos coronados en Pílnitz declararon la guerra a la Francia en 1792, la Francia se levantó como un solo hombre para resistir al enemigo. Cada ciudadano se hizo soldado; cada soldado se batió por una idea. Aquella fue la época más gloriosa del Ejército francés.

Pero cuando Napoleón, convertido a su vez en monarca, sustituye con el espíritu de conquista el espíritu de libertad, el Ejército

no se bate ya por una idea, se bate por un hombre, y este hombre atrae hacia sí el culto que el ejército profesaba antes de la libertad. ¿Se hacía entonces una guerra nacional? ¡Qué importaba! Se sacrificaban miles de vidas para apagar la sed ambiciosa de Bonaparte, no exigiendo al soldado más que valor. Pero después de la Revolución de Julio estalló la discordia entre el partido militar y el partido liberal, y cada uno volvió a adoptar su verdadero carácter.

El militarismo pidió desquitarse a todo trance en Waterloo; quería precipitarse sobre la Europa. El Gobierno de Julio tuvo la feliz idea de comprender que la libertad era el desquite, la verdadera victoria.

Unos años más tarde el Gran Maestro del G. O. E., el Dr. Luis Simarro, enviaba un decisivo Mensaje a la Gran Asamblea de 1918 (reproducido en el boletín Oficial del G. O. E., n.º 316, del 31 de agosto de 1918) en el que no hace otra cosa que hablar de la Primera Guerra Mundial y del papel que los masones españoles debían tomar frente a ella. Y lo más curioso es que para el Gran Maestro, la primera Guerra Mundial no era otra cosa que la continuación de la Revolución Francesa de 1789:

De Francia, la generosa Francia, que proclamó en 1789 los derechos del hombre, Código político común a todos los pueblos libres de nuestra época, baste decir que hace esta guerra como continuación de las campañas de 1793 a 1820.

Los soldados de Napoleón, que difundieron en España y en toda Europa la Masonería durante las guerras de independencia, sembraron en nuestro suelo y por todas partes las semillas de la revolución que ha transformado nuestro país y el mundo en el siglo pasado. Y la misma Francia, con su propaganda y ejemplo, ha sido la maestra de todas las democracias modernas. Así se ha visto ahora que sólo la simpatía por la República francesa ha movido a tomar las armas en la lucha actual por lo menos a 20 de las 23 naciones que hoy constituyen la alianza democrática. Y en el caso de los Estados Unidos es manifiesto que, más que la fuerza de la sangre anglo-sajona, ha podido lanzarlos a la guerra la comunión de ideales democráticos con Francia y el recuerdo de Lafayette.

Los intereses nacionales, que muchas gentes ciegas para el ideal, consideran como los solos motivos de la política internacional, no podrían explicar esta coalición de 23 naciones que habitan continentes diversos, hablan de lenguas distintas, tienen historias diferentes y no pueden tener en modo alguno intereses comunes, ya que el interés es por su naturaleza un sentimiento egoísta y separador y exclusivo. Sólo un ideal democrático de libertad, de paz y de justicia ha podido reunir en una coalición formidable a casi todos los pueblos libres del mundo, pues no han quedado fuera de ella más que los pequeños Estados escandinavos, Holanda y Suiza, demasiado expuestos, sin defensa posible, a la agresión germánica, las Repúblicas de Chile y la Argentina dominadas por influencias ultra conservadoras y cleri-

cales que reprimen la simpatía por los aliados manifestada por la mayoría del pueblo, y nuestra España, que hasta ahora no ha dado muestras de enterarse de la magnitud y el sentido de esta guerra, que es, en realidad, una verdadera revolución democrática, segundo acto de la Revolución francesa de 1789.

El ideal humanitario, pacifista, de libertad, igualdad y fraternidad que pone sobre todas las cosas del mundo el Derecho, la Justicia y el Amor entre todos los hombres, que es precisamente el ideal masónico, que todos conocéis y habréis jurado defender, constituye hoy la bandera común de los 23 pueblos y naciones que luchan contra el espíritu de dominación, oligárquico, militarista y fomentador de los odios nacionales que representan los imperios absolutos de Alemania y Austria Hungría y el despotismo oriental de Turquía.

El mensaje concluye dando un toque de atención a los países neutrales y en concreto a España:

¿Pueden los neutrales permanecer en plácida indiferencia contemplando como una diversión las peripecias de la lucha?

¿Será necesario decir a los francmasones dónde está su puesto en esta universal revolución?

Esta identificación de la Masonería con los ideales de la Revolución francesa es una idea que encontramos muy generalizada y a todos los niveles, desde el Gran Maestro al aprendiz que acababa de iniciarse en la Masonería. Este es el caso de Mariano Merediz y Díaz-Parreño, quien en su plancha de arquitectura leída en la logia *Jovellanos n.º 337* de Gijón (*Boletín Oficial del G. O. E.*, n.º 319, 30 noviembre de 1918) se expresaba así:

En mí se despertó el afán a leer, sobre todo documentos históricos y bien pronto encontré huellas de la Masonería. En la Revolución inglesa, en la santa Revolución francesa, cuyos principios esparcieron, acompañados con su sangre, los soldados de Napoleón; en la Revolución española, en todas partes se veía la huella de los masones.

Yo, que simpatizaba con todas las teorías, que en esencia es la misma, de las revoluciones, sentí curiosidad por la masonería...

Yo simpatizaba con los masones sin conocerlos, únicamente conocía sus efectos...

Pero no es necesario conocer las causas, aunque deben procurar inquirirse siempre, cuando se conocen los efectos, y los efectos eran por mí conocidos. Bastábame saber que quienes contribuyeron a la Revolución francesa fueron los enciclopedistas, y que estos, casi todos, fueron masones, y que luego los directores del movimiento, masones fueron. Bastábame saber que la unidad italiana fue un hecho, gracias a la Masonería, para comprender que sus fines tendían al mejoramiento de la Humanidad, a la liberación de los oprimidos.

Al margen de la exageración e incluso falsedad que suponen algunos de los juicios anteriores, por ejemplo el del pretendido protagonismo masónico en la Enciclopedia, no deja de ser sintomática la generalizada identificación de la Masonería con el hecho revolucionario y en especial con la que el autor llama «santa Revolución francesa», revolución que de forma sintética queda reducida a dos principios: mejoramiento de la Humanidad, y liberación de los oprimidos.

A un nivel más personal, pero no por ello menos sintomático, Francisco de Moxó escribió una plancha de arquitectura que fue leída en la logia *Fénix n.º 381* de Barcelona y que con motivo de su fallecimiento fue publicada en el Boletín Oficial del G. O. E. (n.º 338, 30 de junio de 1920, pág. 63). El título de dicho trabajo ya es de por sí interesante: «Historia de las Revoluciones». Y lógicamente de la primera que habla es de la Revolución madre, de la Revolución francesa, y lo hace con estas palabras:

Francia, al rayar el alba del siglo XVIII, sintió rubor de sí misma; la desmoralización de las costumbres, el relajamiento de la sociedad, el ejemplo de estulticia y despilfarro en su Rey y en sus cortesanos, el contraste de este esplendor con la miseria del pueblo, el abandono total en la gobernación de un Estado de por sí rico en tesoros, tradición y energía, todo ese desbarajuste quedó un amanecer plagiado en una revolución sangrienta, que nació pura y espontáneamente del pueblo francés, y como tal, hija de la voluntad de quien la promovía, y en su consecuencia, aquel movimiento revolucionario era la soberana voluntad de los que hasta por aquel entonces fueron súbditos del Reino de Francia, vasallos del nieto del Rey Sol.

Esta fue la esencia que movió al pueblo a sublevarse contra el Poder, y el espíritu que dominó desde sus comienzos hasta su fin, notadlo bien, fue la igualdad, la libertad y la fraternidad, es decir la demolición total de todo aquello aborrecido, causa presente de su rebelión, hasta tal extremo, que sus mismos Directores, cuando la autoridad del mando les recordaba las causas de la revolución, eran guillotinado a su vez o asesinados por el mismo brazo que los encumbró; y por aquella esencia o motivos veraces, reales, y por este espíritu justo y equitativo que al pueblo francés, de su propia voluntad, sin injerencias extrañas a ella, de por sí y ante sí, se movían, lograron su finalidad; triunfaron, sacudiéndose el oprobio de aquella semiesclavitud, haciendo florecer las libertades, no dejando huella ni rastro siquiera de aquel pasado de saraos y festines, de castas y privilegiados.

Esta fue la obra eminentísima de la revolución francesa, que transformó en brevísimo espacio de tiempo las leyes obscurantistas y costumbres seculares medioevales, en un estado en cuyo solio triunfaba para siempre la Diosa Razón y el libre pensamiento.

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero tal vez sean suficientes para constatar —prescindiendo de interpretaciones más o menos simplistas o

personales— la identificación de los masones españoles con la Revolución de 1789, y sobre todo con su ideario. Por eso para concluir puede servir de síntesis final un último caso. En el *Boletín Oficial de la Gran Logia Simbólica Regional Catalana-Balear* (n.º 21, julio 1902), con motivo de la Asamblea de los delegados de las logias se trató el tema de ¿Cuál es la misión esencial de la Masonería en la época actual? La contestación decía así:

Clara y concreta es a nuestro ver la misión de la Masonería: Hacer el bien, combatir el mal. Elevar moral e intelectualmente el nivel de los pueblos. Ayudar al débil, amparar al desvalido. Luchar y luchar sin descanso contra todas las tiranías, contra todas las opresiones, contra todas las desigualdades, contra todas las injusticias políticas, económicas y sociales. Mientras haya pueblos que libertar, esclavos que redimir, e injusticias y desigualdades que reparar, no habrá terminado su misión la Masonería.

Libertad, Igualdad y Fraternidad es nuestra divisa; con ella por enseña debemos proseguir la lucha hasta que reinen por completo la justicia y el amor, la verdad y la moral sobre la superficie de la Tierra.

Sin embargo esta identificación de la Masonería con la Revolución no era sólo patrimonio de los propios masones, pues fue también una de las ideas fijas y constantes del elemento clerical, tanto popular como oficial de Roma. Pues de la misma manera que los masones de los países latinos asociaron masonería con república, los clérigos lo hicieron con la lucha contra la monarquía y la Iglesia, o si se prefiere contra el trono y el altar.

Así consta, por ejemplo, en unas curiosas fiestas de acción de gracias por no haber entrado en la villa de Olot (Gerona) «la canalla de los Franceses», cuya descripción comienza con estas sintomáticas palabras:

«En el año 1789 empezaron a ponerse en práctica los proyectos maquinados muchos años atrás por los Hugonotes de Francia, ayudados de los Francmasones, calvinistas y demás mala y adúltera generación, para sacudirse el yugo de los Reyes y hacer Repúblicas, adueñándose del mundo, y viviendo en total libertad de conciencia...».

Por su parte la misma idea fue una constante de la Santa Sede y de los nuncios a lo largo del siglo XIX, a quienes en las *Instrucciones* correspondientes se les recordaría el origen revolucionario de la situación política consolidada a lo largo del siglo, y en especial la solidaridad de las sectas con la revolución. No faltan autores que señalan a la masonería como el fermento de la burguesía, y en consecuencia, de las revoluciones burguesas. Para la mentalidad eclesiástica de la época —al igual que para los propios masones— el masonismo era sinónimo de revolución.

Así se señala, por ejemplo, con toda claridad en la conferencia de C. Soler, pronunciada el 3 de febrero de 1905, en Barcelona, con motivo del 50 aniversario de la Declaración dogmática de la Inmaculada Concepción:

«La revolución tiene diversos nombres. Originada en los sucesos de 1789 ha ido cambiando de rostro: masonismo, liberalismo, socialismo, anarquismo... su objetivo permaneció: derribar el altar y el trono».